

La espiritualidad ecologista y sus sacerdotes

Martín López Corredoira*

Cualquier alma mínimamente sensible puede ver y prever el desastre medioambiental presente y futuro de nuestra civilización. No hay soluciones claras al problema, no hay salvación posible con el actual sistema político y económico, aunque sí muchas aves de rapina que pretenden hacer negocio con la excusa del ecologismo: los nuevos sacerdotes que administran la espiritualidad verde. Ante tal situación, sólo el santo-asceta que rechaza vivir en la sociedad de consumo o el revolucionario que trata de derrocarla tienen algo que aportar en la lucha por frenar la destrucción.

Any soul with a minimum level of sensitivity can see, and foresee, the environmental disaster in the present and future of our civilization. There are no clear solutions to the problem, there is no possible salvation within the present-day political and economical system, although there are many birds of prey who pretend to do some business under the guise of Ecology: the new priests who administer the green spirituality. Under these circumstances, only the ascetic-saint who rejects to live in the consumer society, or the revolutionary who tries to topple it down, have something to contribute in the struggle to stop this destruction.

Un nuevo fenómeno social ha brotado con fuerza a lo largo del s. XX que apenas se daba en épocas precedentes: el movimiento ecologista. Sus orígenes son muy antiguos, inspirados en una ideología estética de

* Dr. en Filosofía y en CC. Físicas.

admiración por el orden de la Naturaleza sin adulterar, de devoción por los ríos, bosques, montañas y mares, y todos los seres que los habitan; un amor por lo natural, por lo no-contaminado de la corrupta civilización humana. Se pierde en la noche de los tiempos dentro de la existencia humana ese sentimiento de pureza en los campos, de inmaculada gracia de lo que no se ha sido trastocado por la mano del hombre. No es sólo estética, sino ética cuando alcanza a la muerte de multitud de seres vivos, cuando alcanza incluso a la salud de algunos seres humanos. Indudablemente, muchos han sido los hombres y mujeres que a lo largo de la historia han vivido dentro de esta ideología, mas no ha sido hasta bien entradas las consecuencias de la revolución industrial que se ha visto extendida enormemente entre la población por una razón bien clara: la destrucción de la naturaleza por parte de la civilización occidental ha aumentado descomunadamente, y no hace falta ser ya un esteta muy sensible para verse herido ante el atropello que la barbarie industrial y tecnológica ha impuesto terriblemente al mundo.

SIMILITUDES DEL ECOLOGISMO CON LAS RELIGIONES

La espiritualidad ecologista surge en un lugar y una época de retroceso de valores religiosos: los países desarrollados actuales. La metafísica goza de bastante descrédito, el ascetismo del místico ha caído en desuso en buena medida, la santidad bajo la mirada de un Dios justo y bueno ya no conmueve como lo hacía en épocas pretéritas. En su lugar, parece ir tomando forma un nuevo modo de entender el espíritu más en consonancia con la ideología del presente, con nuestros conocimientos científicos, nuestro descreimiento del más allá, donde el único paraíso o infierno posibles están sobre la Tierra. La lucha por conseguir entrar en el cielo y huir de las llamas eternas se traslada ahora a la lucha por hacer que nuestro entrañable hogar, nuestro planeta, pueda seguir siendo un lugar agradable y no caer devorados por la basura. El pecado está en el hombre que pertenece a un mundo corrupto, y la pureza está en la naturaleza sin mancha. El asceta actual se consagra al no-consumismo, a la vida sencilla procurando evitar los derroches innecesarios. La santidad, si ha de tener un equivalente, será el de la heroica resistencia a las tentaciones consumistas de la vida

moderna; la lucha contra "el maligno", contra el monstruo que destruye el medio ambiente.

El monstruo, efectivamente, está ahí; no es ninguna paranoia ni delirio colectivo. Su realidad es bien palpable, y en ello cabe distinguirse de las elucubraciones trascendentales. Su

voluntad, apasionada como la de un demonio, tiene vida propia separada del bien común de la humanidad, y se manifiesta en el mundo a través de los hombres. Tras cada industria contaminante, cada tala masiva de bosques y selvas, tras la explotación hasta la extinción de multitud de especies animales, habita el corazón de la bestia, y todo eso lo hacen los hombres, consiguiendo así condenar su alma. Hay no obstante una diferencia notable con las religiones tradicionales: aquí, los pecados de unos cuantos nos llevan al infierno a todos.

Las semillas del mal están implícitamente contenidas en la conjunción de capitalismo e industria. Desde la primera máquina de vapor, desde las primeras fábricas de productos químicos, desde la invención del plástico, era de prever una creciente producción que encontraría algún día algún límite en la finita biosfera de nuestro planeta. Dado que, por la naturaleza misma del capitalismo, es necesario un continuo crecimiento económico para no caer el sistema en crisis, el dilema que se plantean las actuales sociedades del liberalismo es: ¿qué salvamos: la economía o el planeta? Y eligen lo primero, claro, si es que a eso se le puede llamar elegir. No hay elección, realmente. Están condenadas fatalistamente a pujar por el sostenimiento de la economía y el crecimiento del PIB: más industria, más consumo, y por consiguiente más contaminación y daño al medio ambiente. La maraña de intereses creados en el sistema del capital no permite otra opción, aunque



Las semillas del mal están implícitamente contenidas en la conjunción de capitalismo e industria. Desde la primera máquina de vapor, desde las primeras fábricas de productos químicos, desde la invención del plástico, era de prever una creciente producción que encontraría algún día algún límite en la finita biosfera de nuestro planeta.

vaya en contra del interés general. Hemos creado un Frankenstein que se nos ha ido de control y amenaza con devorarnos.

INGENUIDAD OPTIMISTA

Tales augurios pesimistas son refutados corrientemente por amplios sectores de nuestra sociedad. Algunos, de estupidez innata o financiada por las grandes corporaciones del petróleo o los intereses de la industria en general, predicán que el peligro no es tal, y que no hay motivo de alarmarse: que por unos pocos bichos que se mueran y unos bosques y selvas que se arrasen tampoco es para tanto; si no podemos en un futuro disfrutar de la naturaleza, podremos ir a algún parque temático con algunas montañas rusas a comer hamburguesas y llevar a nuestros hijitos a ver maravillas tecnológicas, con lo cual nuestra felicidad ya está garantizada. ¿A quién le importan las focas reales teniendo los peluches de "Walt Disney" que las imitan y la industria de la animación? Y el cambio climático... ¿qué calentamiento? —argumentan—, ¿no decían que era enfriamiento?; si es que estos científicos no se aclaran... y pretenden parar el mundo por una simple sospecha...; y aunque se caliente, ¿qué?; mejor, mejor tiempesito para ir a la playa...; nada pues, sigamos contaminando que no pasa ni pasará nada.

Otros, algo más sensibles, reconocen los problemas ecológicos del mundo, ya sea por espíritu ecologista mismo o por el previsible daño que pueden causar a las economías, posición esta última carente de moralidad. No les dan la espalda a estos problemas, pero confían, ingenuos ellos, en que la madre que los creó será capaz de quitárnoslos. Hace falta —dicen— más inversión en investigación de energías alternativas y reformar la industria. No conocen el alma humana, no conocen el espíritu del "medrar" de las multinacionales y bancos que ostentan el poder mundial. Las medidas "light" como promover el uso de lámparas de bajo consumo, o coches híbridos, etc. sólo conseguirán enriquecer a unos pocos mercaderes que ven en el slogan ecologista un nuevo aliado de su industria. Todos los enemigos del capitalismo han sido derrotados del mismo modo: eliminándolos o convirtiéndolos en mercancía; desde el espiritualismo budista hasta la ecología, desde el arte hasta las vacaciones en la montaña, todo lo convierte en mercancía el capitalismo, le pone una etiqueta con un precio y... a seguir

funcionando. La solución al problema de los excesos de la industria: más industria. La solución al problema de los excesos del capital: más capital. Más capital para que se creen más puestos de trabajo en la industria —van a trabajar en la misma hasta los chinos de las montañas más recónditas—, y que haya más dinero circulando en el mundo, y se promueva más el consumo y... lo que aumenta la demanda de energía y de recursos naturales, con lo cual vuelta a rizar el rizo: más investigaciones, más fábricas, más viajes, más coches —hay que tirar los antiguos vehículos contaminantes y gastar millones de toneladas de acero cada año en renovar el parque automovilístico con coches algo más ecológicos, dicen—, más aviones para que la gente se desplace al ritmo frenético de la vida moderna, más riesgos destructores imprevisibles de las nuevas tecnologías, más caída en espiral hacia el desastre. Se crean comisiones para estudiar el problema, se reúnen los representantes de casi todos los países del mundo para buscar soluciones y ¿qué es lo que consiguen a nivel global? Mucho protocolo de Kyoto, Copenhague,... mucha ONU, mucho G8 o G20,... y pasan los años y el problema cada vez se agrava más. ¡Un fracaso! Puede que se reduzcan las emisiones de dióxido de carbono ligeramente en algún país, pero a base de trasladar la industria a otros países en desarrollo que hasta ahora no contaminaban con lo cual a escala global la cosa va a peor. Y el mundo, siguiendo los consejos de estos optimistas-ilusos del sistema capitalista, en vez de frenar su caída, la acelera.

EMPRESAS DE ADMINISTRACIÓN DEL SENTIMIENTO ECOLÓGICA

Al amparo de este optimismo, han surgido también las empresas de ecologismo administrado, las nuevas iglesias de la espiritualidad verde. Venden al público lo que desean adquirir: el paraíso perdido. Su rol es similar al de las iglesias religiosas o sectas, que venden a los mortales una vida eterna y administran ese deseo en la Tierra. El grado de destrucción creciente en nuestra moderna civilización hace que cada vez haya más gente que carga con el remordimiento de la culpa. ¡Vosotros, vosotros pecadores, vuestro modo de vida es el que está destruyendo el planeta! Para purgar esa culpa se ofrecen los sacerdotes, que administran consuelo y esperanza en el valle de lágrimas al tiempo que limpian las conciencias de pecados por un módico

precio. Y sucede como con los ancianos, cuanto más cerca ven la muerte más sienten la necesidad de creer en una vida más allá. Nuestra civilización se está muriendo, está anciana, y cuanto más cerca está de la hecatombe, más surge ese deseo de vivir, de recuperar la vida del planeta, de ser espíritu de paz en equilibrio con la naturaleza.

¿No despreció Jesucristo a los fariseos que comerciaban con las ideas religiosas en vez de permitir que cada cual hablase directamente con Dios? ¿Y no surgió a raíz de sus palabras una Iglesia Católica que tomó el relevo a los fariseos? Así sucede y sucederá con los pocos símbolos puros de lucha verde: basta que unos valientes se atrevan a coger un barco espontáneamente y enfrentarse a Goliat con admiración de las masas anhelantes de una pizca de idealismo, para que venga un grupo de pragmáticos detrás y se digan "aquí hay negocio", e institucionalicen y burocraticen la acción para repetirla planificadamente como un teatro al aire libre cuyo guión ha sido estudiado fríamente para conmover al público. Es ésta una conducta social muy extendida en muchos hábitos humanos, no sólo la religión y la ecología.

Lo cierto es que estas empresas, ONG, o como se les quiera llamar, hacen cosas muy positivas en este mundo. También la Iglesia Católica las hace. No obstante, acabar, lo que se dice acabar con el problema, no lo hacen, como tampoco la Iglesia nos da la vida eterna. Y no lo hacen por la sencilla razón de que no pueden. Ante el maremágnum de magnitudes colosales que supone el avance mortal a escala planetaria, lo único que pueden hacer estas organizaciones es cebarse con un cabeza de turco que no sea muy fuerte, algún hotel quizá de construcción ilegal en la costa o alguna industria con algún vertido. El efecto a escala global de las organizaciones verdes es más bien tenue, casi imperceptible. Si acaso consiguen frenar ligeramente la velocidad del monstruo, pero no pueden cortarle el paso. ¡Qué más quieren los nobles sacerdotes cristianos que salvar nuestras almas y los sacerdotes del ecologismo que salvar el planeta! Por mala voluntad no es. Pero no pueden, no pueden dentro del actual sistema económico. Ecologismo capitalista son dos términos contradictorios, y ecologismo fuera de la circulación de la moneda no puede existir en una sociedad como la nuestra.

La industria del ecologismo administrado produce informes, toneladas



¡Qué más quieren los nobles sacerdotes cristianos que salvar nuestras almas y los sacerdotes del ecologismo que salvar el planeta! Por mala voluntad no es. Pero no pueden, no pueden dentro del actual sistema económico. Ecologismo capitalista son dos términos contradictorios, y ecologismo fuera de la circulación de la moneda no puede existir en una sociedad como la nuestra.

de papel (reciclado, menos mal) con informes sobre lo mal que va el planeta y los muchísimos puntos negros sobre el mapa. Entre las miríadas de lugares donde habita la maligna contaminación, se escogen unos pocos lugares representativos de lo que sucede a escala global; allí clavan sus pancartas propagandísticas con las marcas registradas de tales empresas, o sacan a pasear un barquito o realizan alguna actividad que llame la atención; todo sea por satisfacer a los contribuyentes que desean ver imágenes en los medios de comunicación sobre lo mucho que se está haciendo en la lucha. Reivindican como suyo un espíritu que no pertenece a nadie y pertenece a todos. Aquí de nuevo se da la semejanza con las iglesias religiosas: que también reivindican como suyos los caminos del espíritu, los caminos al cielo. Nosotros somos la ecología —es el mensaje que interesa transmitir—. Con ello, cualquiera que desee colaborar con la salvación del planeta ha de tener a bien, como hombre de buena voluntad, el dejar un donativo a estas organizaciones, hacerse socio, comprar alguno de los materiales que venden a precios de alta especulación con la insignia de la marca registrada de la

empresa, o mismo dejar toda o parte de una herencia por esta santa causa. Otros cazafortunas, como los curas... Y no es que los curas o los empleados de las empresas ecologistas sean personas ambiciosas y explotadores de bolsillos ajenos; por lo general no lo son. Es la organización de la estructura a la que pertenecen la que configura las cosas de esa manera. También hay una gran cantidad de voluntarios que trabajan gratuitamente para que medre la empresa, religiosa o ecologista, voluntarios de los que se nutre la estructura de poder jerarquizado; otra forma de lavar la conciencia de sus pecados.

El pesimismo no es bien recibido por la orden verde. No hay que transmitir un mensaje desesperado a la población —dicen— porque, si no, no podremos ofrecernos nosotros como la solución. Lo que mueve al mundo es la confianza del inversor; esta lección ha sido aprendida por todos en nuestro sistema económico, aunque ya viene de viejo. La fe mueve montañas. En el caso que nos ocupa, se trata de la creencia de que la acción ecologista actual contribuye a salvar el planeta. Es mentira, el planeta se va a pique si no buscamos soluciones más drásticas que la típica pancarta, manifestación o recogida de firmas, pero es que si se destruye tal creencia, si se despierta a los ilusos, no tendremos ni eso. No se pueden lanzar unos hombres a una batalla diciendo que la guerra en términos generales está perdida. Hay que impulsar la fe de las tropas. Por ello, el pesimismo, es decir, el realismo de un optimista bien informado, no interesa, no es negocio para nadie. Interesa meter miedo, y hablar de los infiernos o de los desastres que se dan o avecinan para aguijonear la motivación, pero no interesa la apocalíptica sin posibilidad de salvación.

Quien predica un ecologismo entendido de modo distinto al de un negocio se le tacha de iluso y de no tener los pies en la Tierra. Ciertamente, el vil metal es necesario para cualquier proyecto viable, y supone una utopía ir en contra de ese hecho, pero precisamente de utopías se trata la cosa: de cambiar el sistema, de cambiar de forma de vida. Si hemos de seguir el ritmo que la sociedad nos impone y desahogar nuestros impulsos de pagar nuestro sentimiento de culpa, aviados vamos. Mientras sigamos poniendo unas pancartas aquí y allá, o vendiendo unas camisetas para una organización administradora del sentimiento ecológico, al tiempo que seguimos con nuestro mundo de electrónica de consumo, de coches, de aviones y viajes

para aquí y para allá, etc., poca solución se le va a ver al planeta. Las intenciones son buenas pero no bastan por sí solas.

Otras propuestas ecológicas surgen de grupos de personas que, si bien renuncian al proyecto de intentar cambiar la sociedad, aspiran al menos a seguir ellos mismos unos principios dignos. Los movimientos conocidos como "ecoaldeas" son un ejemplo de cúmulo de buenas intenciones. Son pequeños núcleos poblacionales, en muchos casos en aldeas abandonadas por gente que ha migrado a la ciudad, y que supuestamente se autoabastecen de energía y alimentos con unos medios de producción ecológicos. Aunque la cantidad de personas que se unen a estas propuestas va en aumento, todavía están muy lejos de ser un modelo de vida a imitar por una parte significativa del planeta. A día de hoy no son una solución para el planeta. Los medios de subsistencia, o bien se reducen a una vida tribal aislada, en la cual difícilmente resisten los integrantes a la tentación de abandonar la aldea e irse a la ciudad, o bien, en la mayoría de los casos, dependen de la sociedad externa a la aldea. Dependen de los medios de transporte, de la industria textil, de los productos en general que se crean en la sociedad de consumo externa a la aldea. Es común que utilicen como fuente de ingresos el turismo rural o la acogida de visitantes curiosos para obtener ingresos. El turismo rural, como cualquier forma de turismo, no es ecológico, en contra de lo que pregonan, porque propicia la existencia de un tropel de personas yendo y viniendo que se desplazan grandes distancias en poco tiempo utilizando medios de transporte que contaminan. Tampoco es ecológico el organizar congresos de ecoaldeanos por la misma razón. Se trata realmente de una reedición modernizada de la idea de comunas hippies, de personas que en la mayoría de los casos están envueltos en ideas "new age", religiones orientales, seguidores de pseudociencias, o de gente que confunde la lucha verde con ser vegetariano y comer lechuga, o clientes de herboristerías, o con seguir la moda "hippy" de las greñas, la vestimenta andrajo-sa o los porros, música de percusión, u otras rebeldías manufacturadas para descerebrados en lo que es el negocio de la contracultura.

SOLUCIONES

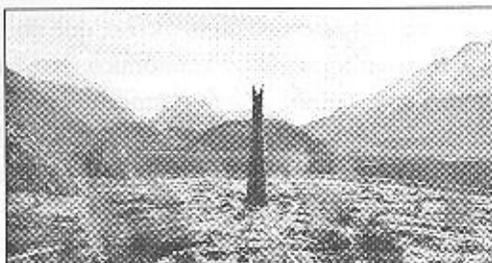
La solución la han sabido intuir mejor los enemigos de la ecología que

los ecologistas de boquilla. Aquellos que acusan al color verde de confundirse con el rojo en política no son daltónicos sino que intuyen cierta raíz de la lucha: la anticapitalista, la pugna por una política férrea protegiendo el interés común de los intereses privados, una economía controlada por un Estado fuerte y no-corrupto, más fuerte que los bancos y multinacionales que actualmente mangonean los gobiernos de las naciones democráticas (incluyendo el caso de los peleles que gobiernan actualmente España bajo la falsedad de llamarse a sí mismos "socialistas"). No obstante, el comunismo de la antigua Unión Soviética, aparte de engendrar millones de muertos, tampoco produjo una industria respetuosa con el medio ambiente; no toda economía de Estado es necesariamente ecológica ni libre de corrupciones. Y no todo Estado fuerte ha de ser un gobierno de izquierdas. Intelectuales cercanos a la ideología de derechas en muchos aspectos, como por ejemplo Alain de Benoist, se percatan de que la única solución pasa por parar el crecimiento.

También han sabido intuir las soluciones aquellos enemigos de la ecología que hablan de un retroceso, un volver a la edad de piedra. Exageran, no es tanto como volver a la edad de piedra en cuanto a desarrollos de una civilización, pero sí de volver a hábitos de consumos de energía y materias primas propios de hace algunos siglos. No hace falta vestir harapos ni tocar el tan-tan, como esos hippies de feria ambulante; los hábitos de vestir y de interpretar música en el siglo de Mozart no estaban tan reñidos con la ecología. No hay que confundir la llamada de la barbarie incivilizada con la llamada de la conservación de la naturaleza. No es el avance tecnológico ni las nuevas investigaciones en energías alternativas los que tienen la potencia de salvar el planeta sino el desandar lo andado, el retroceso, la deceleración del ritmo de vida y consumo, lo que puede principalmente dar alguna esperanza. Mas el animal humano de occidente tiende espontáneamente al egoísmo individualista y al medrar sin mirar atrás. Hay demasiados intereses en seguir produciendo cachivaches y en seguir danzando a un ritmo frenético tras las campanadas de la palabra "progreso". Es una enfermedad del cuerpo social y con las enfermedades no se razona, sólo podemos esperar una curación por mecanismos de autorregulación de la sociedad o encontrando la medicina apropiada. De poco sirven los analgésicos si no combatimos el foco de infección, arraigado en lo profundo del alma de

nuestra civilización. De poco sirve achicar agua con un pequeño cubo en un trasatlántico que se está hundiendo si no cerramos la brecha por donde está entrando el agua a raudales. Un milagro debemos aguardar que acuda a la llamada de nuestra espiritualidad.

Sólo el santo o el revolucionario de la espiritualidad ecologista tienen algo que aportar: paz y guerra por la salvación. Como un S. Francisco de Asís, surgirán las almas en gracia que renegarán del consumismo y de las riquezas y vivirán humildemente con pocas cosas, dando ejemplo al mundo y haciendo que éste reflexione, dando el ejemplo que no daba la opulenta Iglesia Católica de los tiempos de S. Francisco, ni dan las organizaciones ecologistas que imitan modelos empresariales. El rebelde, el verdadero rebelde, el soñador y constructor de utopías (no el hippy descerebrado ni el pragmático hombre de empresa que hace de la ecología un negocio), tendrá también un papel en las generaciones futuras. Ahora no, es demasiado pronto; sólo cuando el agua llegue al cuello de la población podrán las voces revolucionarias abrirse paso en una nueva etapa de la humanidad. Como monjes en un monasterio, como jardineros cultivando nuestra espiritualidad, hemos de aguardar el momento histórico que permita algún cambio.



El animal humano de occidente tiende espontáneamente al egoísmo individualista y al medrar sin mirar atrás. Hay demasiados intereses en seguir produciendo cachivaches y en seguir danzando a un ritmo frenético tras las campanadas de la palabra "progreso". Es una enfermedad del cuerpo social y con las enfermedades no se razona, se las combate.

ADDENDA

Alguien que se ha leído el artículo hasta aquí, me ha dicho que echa en falta una discusión sobre el tipo de ecologismo que propongo y en qué consistiría la revolución del futuro. Bien, quizá sea repetirme, pero no sobra dar una contestación explícita a estas dos cuestiones, aunque sólo sea muy brevemente. Primero, yo no propongo ningún tipo de ecologismo para sustituir

a los actuales sino que digo, pienso, que no hay ecologismo posible con el actual sistema político y económico. No hay solución sin revolución, al menos en términos globales, aunque sí se pueden hacer algunos esfuerzos locales en alguna región, de manera que un lugar particular puede preservarse mejor a costa de echar a los contaminantes a las tierras del vecino. Con lo cual, si uno quiere en estos momentos salvar el planeta, lo mejor que puede hacer es cruzarse de brazos y no hacer nada que moleste al mismo, y sí puede reducir el consumo y la contaminación mejor que mejor. Si quiere salir a la calle a manifestarse a favor de la ecología y gritar un poco, ¡ánimo!, eso calma mucho los nervios, pero de poco sirve, al menos en términos globales, como he dicho.

Sobre el segundo punto, creo que todo el mundo sabe más o menos lo que significa la palabra "revolución" y no tengo que explicarla, aunque bien es cierto que las actuales generaciones sólo la conocemos a través de los libros de historia o las películas históricas, y puede que no la vayamos a conocer en vivo en lo que queda de nuestras vidas. Consiste básicamente en desplazar el poder de un sector de la población a otro, para lo cual normalmente se recurre a medidas violentas, como hace rodar cabezas de los que se aferran a su status y no lo quieren soltar; se requieren luchas, golpes de Estado, o lo que haga falta para tomar las riendas de la sociedad. En este caso, se trata de apagar del trono a un poderoso caballero, don dinero, y de los que viven bien en el sistema del libre mercado.

En contra de lo que suele aparecer en los libros de historia ordinarios, las buenas intenciones y los buenos ideales no son suficientes para que una revolución triunfe. Es más, las revoluciones que triunfan no son las de más dignos ideales, sino aquellas en las que los intereses de quienes las promueven y su sed de poder llega a tener suficiente fuerza para vencer al *Statu Quo*. La revolución francesa, por ejemplo, no fue puramente una lucha por el pueblo y para el pueblo, ni por todos esos ideales hermosos de libertad, igualdad y fraternidad; tras la escena movía hilos la burguesía ansiosa de poder esperando la caída de la aristocracia para poder ellos ser importantes. Sólo un poder vence a otro poder. ¿Y cuál ha de ser el poder que apoye una revolución ecológica? No se sabe por ahora, pero surgirá. Cuando empiecen a escasear recursos como el agua y empieza a haber guerras por ello, surgirán otro tipo de valores más fuertes que el dinero, probablemente, el

agua, las materias primas y las fuentes de energía cobrarán más "valor" que el mero dinero como algo abstracto, y vendrán tiempos en que las personas no querrán vender ni comprar sino que se aferrarán a los valores inmuebles de la tierra y sus riquezas antes que a los valores móviles del dinero. Nuevos grupos de poder se crearán en torno a ello, y con un poco de suerte a alguno le habrá caído en sus manos algún panfleto ecologista que hará suyo para justificar una revolución y hacerse con el poder, primero de facto y luego nominalmente. Se aprovecharán épocas de grandes crisis económicas, de terribles inflaciones, inestabilidad, etc., en los que el dinero no puede comprar a la gente, para asestar el golpe mortal a la banca y los inversores de multinacionales.

¿Por qué hay que esperar a que todo ello ocurra en el futuro y no ocurre la revolución ahora mismo? Sencillamente, porque el dinero manda. El dinero tiene hoy en día una capacidad de movilización de personas muy superior a cualquier ideal, y es más fácil comprar a un grupo de mercenarios para que peguen tiros a cualquiera que trate de desequilibrar el sistema económico que convencer al mismo número de personas para defender con armas el ideal ecologista. Así pues, ¡aguarda, hermano! ■